

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 70: El parche del oso.

“Maestro Mevis, yo... ¿me gustaría invitarlo a cenar!”

“Hmm, está bien.”

¿En serio?! He oído que nunca cenas con ningún profesor, pero ¿de verdad aceptas ir conmigo?

—Claro. Trae a mi estudiante. Cenaremos juntos los tres.

“...N-no importa.”

El hombre suspiró, y la rosa que sostenía pareció decaer junto con su espíritu mientras se alejaba abatido.

Noa, parada cerca, mantuvo su comportamiento inexpresivo pero no pudo ocultar la leve irritación en su tono.

“Maestro Mevis, esta es la decimotercera vez este semestre que me usa como escudo”.

“Hmm, eso suena bien.”

“¿Qué quieres decir con 'casi correcto'?”

Solo hay unos quince profesores varones en la División Dragón. Me has ayudado a rechazar a trece; solo quedan dos y medio. ¡Sigue así!

“¿Eso es mucho más que unos pocos!”

La leve sonrisa de Mevis apareció y sus hoyuelos suavizaron sus rasgos habitualmente fríos.

Su sonrisa era rara, reservada para los momentos en que hablaba con Noa.

Mevis extendió la mano y alborotó suavemente el cabello de Noa.



“¿Pasarás esta noche con tus hermanas?”

Es viernes. Ya se fueron a casa.

—Entonces, ¿te quedarás y entrenarás de nuevo?

"Sí."

Una ligera brisa soplaba por el campo, donde algunos estudiantes y profesores jugaban al fútbol como parte de las actividades extracurriculares de la academia. Ni Noa ni Mevis tenían mucho interés en esos deportes.

Después de un breve silencio, Mevis dijo:

“Antes de tu entrenamiento extra, cena conmigo”.

“Maestro, ¿podría intentar invitar a alguien con un poco más de calidez en su tono?”

“Y podrías ser menos fría al ofrecer retroalimentación, Noa”.

Los dos intercambiaron miradas antes de estallar en una risa compartida.

Volviéndose hacia la cafetería, caminaron juntos. Noa, normalmente serena, no podía ocultar su emoción; su cola se movía ligeramente hacia atrás, delatando su estado de ánimo. Las colas de los dragones solían moverse involuntariamente cuando estaban contentos.

—¿Por qué me invita a cenar esta noche, maestra? —preguntó Noa con curiosidad en la voz.

Según recordaba, Mevis nunca había cenado sola con nadie. Si no estaba con Helena, era durante las reuniones de grupo.

Esta noche eran sólo ellos dos, y aunque Noa se sintió halagada, no pudo evitar sentirse un poco nerviosa.

La comida era sencilla pero equilibrada: rica en proteínas, fibra y nutrientes para satisfacer las rigurosas exigencias de la vida estudiantil y docente.

Sentados uno frente al otro, Noa volvió a preguntar:

“¿Había alguna razón para esto, o...?”



—No, la verdad —respondió Mevis—. Simplemente me apetecía, así que te invité.

“¿Entonces los adultos pueden hacer lo que quieran?”

Noa, que había madurado más que en su juventud, ya no usaba la excusa de ser "adulto" para todo. Se esforzaba por actuar con responsabilidad, entendiendo sus limitaciones y cumpliendo con sus deberes con precisión y esmero.

Convertirse en adulta ya no era algo que obsesionara a Noa.

—No es libertad, Noa —dijo Mevis en voz baja, bajando la mirada hacia la sopa clara que tenía delante. El tenue reflejo de su rostro se reflejaba en la superficie.

“Es que... ya nadie me dice qué hacer.”

—¿Qué dijiste, maestra? —preguntó Noa sin entender sus palabras.

Nada. Vamos a comer.

"Está bien."

Las dos comieron en silencio. La crianza de Noa como Princesa Dragón Plateada garantizaba que sus modales en la mesa fueran impecables: elegantes, tranquilos y deliberados. Mevis también comía con precisión y elegancia, y su comportamiento delataba una educación disciplinada.

Al observar a su maestra tan de cerca por primera vez, la mirada de Noa se posó en un pequeño detalle: el parche de oso cosido en la chaqueta de Mevis.

Después de un momento de vacilación, preguntó:

"¿Maestro?"

"¿Mmm?"

El parche del oso de tu chaqueta es precioso. ¿Lo cosiste tú mismo?

Noa llevaba mucho tiempo sintiendo curiosidad por saber por qué su fría y serena maestra llevaba un parche tan adorable en



su chaqueta. Como la "Princesa Dragón Plateada", se había abstenido de preguntar, pero esta noche, la oportunidad le parecía propicia.

—Ah, eso... Lo cosió un familiar. No se me da bien coser.

“Un miembro de la familia...”

Noa parpadeó con sus grandes y brillantes ojos.

“Nunca te había oído mencionar a tu familia antes.”

Tras una breve pausa, añadió:

“Ni siquiera sé de qué tribu eres”.

Noa se dio cuenta de que, a pesar de pasar tanto tiempo juntos, sabía muy poco sobre los antecedentes de Mevis. Si bien la academia se aseguraba de que todos los profesores fueran rigurosamente seleccionados, la curiosidad natural de Noa por Mevis había crecido con el tiempo.



“Mi tribu...” Mevis sonrió levemente antes de continuar.

Fue destruido hace mucho tiempo. En cuanto a mi familia... están en un lugar muy, muy lejano.

—Oh, lo siento mucho, maestra. No sabía...

—Está bien. Pasó hace mucho tiempo. —La rara y cálida sonrisa de Mevis tranquilizó a Noa.

Pero en el entendimiento de Noa, “un lugar lejano” a menudo significaba...

“Maestro, ¿ya no están en este mundo?”

Tenía sentido que alguien tan estoico y fuerte como Mevis llevara un recuerdo tan personal: una forma de mantener a su familia cerca de su corazón.

Tras esta conversación más intensa, ambos se sumieron en un silencio reconfortante, aunque Noa de vez en cuando le lanzaba miradas furtivas a Mevis. Su mirada se detuvo en la zona de osos.

Por alguna razón, me pareció extrañamente familiar.

Noa inclinó la cabeza pensativa, pero lo descartó al no poder recordar dónde lo había visto antes.

Mientras comían, Noa sintió de repente una punzada en el estómago.

—Maestra, me duele un poco el estómago. Voy al baño.

"Adelante."

Noa saltó de la silla y salió corriendo. Solo cuando la perdió de vista, Mevis cambió su atención.

Metiendo la mano en su bolsillo, Mevis sacó un pequeño paquete de polvo azul claro.

"Esto debería ser suficiente", murmuró, espolvoreando el polvo en la sopa de Noa.

El polvo se disolvió instantáneamente: incoloro, inodoro e insípido.

Después de asegurarse de que la evidencia fue destruida, Mevis se sentó tranquilamente.

"He vuelto, profesor."

"¿Te sientes mejor?"

"Sí, sólo un pequeño calambre, nada grave."

Bien. Tómate la sopa; es muy nutritiva.

"Está bien."

Noa tomó su cuchara y bebió la sopa a sorbos, ajena a la mirada atenta de Mevis. Los ojos de Mevis permanecieron fijos en la garganta de Noa, y solo se relajaron al tragar el último trago.

Una leve y enigmática sonrisa se dibujó en su rostro.

Traducido por:

၇၈၇၀ - RexScan

